

2.2. Barros Sierra y el 68.

Domínguez, Raúl, Alfonso María y Campos y María del Refugio González (1985). *Siete discursos de toma de posesión*. México: CESU-UNAM. Pp. 25-31.

“... la autonomía no nos ha sido otorgada por la nación de una vez y para siempre, sino para que la merezcamos y respondamos de su ejercicio día con día ”

Javier Barros Sierra, 11 de marzo de 1966

*Señor Presidente y Señores Miembros de la Junta de Gobierno,
Señores Consejeros Universitarios,
Señores Maestros y Estudiantes:*

He aceptado el honroso cargo de rector de nuestra universidad a sabiendas de la ingente responsabilidad que comporta, sobre todo en estos momentos de crisis; pero, conciente también de que me debo a esta casa, no podía menos que entregarme sin condiciones a su servicio, al ser urgido por la mayoría de sus profesores y alumnos.

Es preciso repetir que llego sin compromiso alguno, salvo el que contraigo con la Universidad misma; que tendré la humildad necesaria para servirle y la firmeza y la convicción suficientes para no convertirme en agente de ninguna facción y que no trataré de hacer, ni permitiré que otros hagan de nuestra comunidad un instrumento de vanidades, intereses egoístas o pasiones espurias. Porque, no hay que olvidarlo, los hombres somos transitorios y los valores institucionales están muy por encima de nosotros. Empeño mi

palabra de no defraudar a los universitarios; pero si caigo en falta, emplazo desde hoy a todos a reclamármelo.

Tengo fe plena en esta institución y por eso estoy seguro de que la convulsión que ha sufrido no la dañará irreparablemente, sino que de ella saldrá fortalecida, siempre y cuando todos sus hijos nos lo propongamos con la inteligencia y con el corazón. Para alcanzar ese desiderátum, se impone que hagamos juntos una inaplazable autocrítica, valiente y sincera, de la que emanen mejores formas de convivencia. Hay que abrirnos ampliamente a la comunicación y al diálogo de buena voluntad, que al hacer a un lado el dogmatismo y la intolerancia, acendren la comprensión y el respeto mutuos. Cabe aquí, en la búsqueda permanente de la verdad, profesar y discutir todas las ideas y creencias; pero, por otra parte, traicionaríamos nuestros fines si la Universidad se vuelve foco de una acción sectaria que, suscitada desde el exterior, pretenda después reflejarse, agresivamente, hacia objetivos ubicados dentro o fuera de nuestros linderos. Es indispensable, asimismo, que revisemos a fondo la estructura y los métodos, en la docencia, en la investigación, en el gobierno interno y en lo administrativo, para actualizarlos, no por el prurito de marcar sellos personales o el de encajar demandas irrazonables, sino para que cumplamos de modo más eficaz con las misiones clásicas, comunes a todas las universidades; pero sobre todo con aquella que en esta hora y en este país subordina y modula a las demás servir al pueblo para su desenvolvimiento, proceso éste que, si bien presenta claros signos de esperanza, infortunadamente no está exento de escollos, de dolor y de



injusticias. Y en esa empresa, nuestra universidad debe ocupar un puesto de vanguardia.

Mas los cambios antedichos no incluyen, en forma alguna, la demolición de los órganos sanos, los buenos planes en marcha y las obras positivas que han dejado a su paso otras autoridades. Por lo contrario, esos logros serán preservados y aun impulsados hacia adelante.

Sin embargo, debe entenderse bien que la Universidad, como mexicana, así aspire cual debe hacerlo a una constante superación de sus calidades académicas, no puede ser privilegiado claustro de perfecciones, radicalmente distinto de su entorno, sino tan sólo —y es mucho— el espejo del mejor México posible en cada instante, con sus excelencias, pero también con una no escasa porción de sus defectos. Lo que importa, en suma, es que esta casa de estudios sea representativa de lo nacional; pero a la vez progresista en el más alto grado.

Manifiestamente, nada de lo expresado, que será

objeto de un programa que no tendría lugar adecuado en este mensaje, es factible sin la libertad en la cátedra y sin nuestra preciada autonomía, la que, por cierto, no nos ha sido otorgada por la nación de una vez y para siempre, sino para que la merezcamos y respondamos de su buen ejercicio día con día. Ello implica un constante examen de la conciencia universitaria, en el que nadie debe abstenerse de participar, quizás con mayor razón ahora que nunca antes.

Me resta, al saludar fraternalmente a todos los universitarios, exhortarlos de nuevo a que, olvidando rencores y agravios en aras de los intereses superiores de nuestra casa de cultura y de nuestra patria, volvamos todos a laborar intensamente, para remediar cuanto se pueda los perjuicios del tiempo perdido y, simultáneamente, para construir las defensas intelectuales y morales que eviten, en el futuro, otra irrupción de la discordia y la violencia en nuestra institución bienamada.



Al iniciar su gestión rectoral el 11 de mayo de 1966, el ingeniero Javier Barros Sierra daba inicio también a uno de los periodos más conflictivos en la vida de la institución universitaria. La situación que le heredaba el doctor Chávez —por su potencial explosivo intrínseco— requería medidas drásticas que no era posible dilatar: tendría que continuar el programa de modernización, contener el proceso de sobrepoblación, mediatizar las exigencias del estudiantado y, por si fuera poco, resarcir en buenos términos la relación entre la Rectoría y el jefe del Ejecutivo Federal, licenciado Gustavo Díaz Ordaz, quien, según parece, tuvo no poco que ver con la caída del cardiólogo.

De esta suerte, el ingeniero Barros Sierra no tardó en anunciar una reforma en la que, ahora, tendrían participación activa todos los sectores universitarios.

La puesta en marcha de tal reforma se hizo aprovechando la oportunidad de que se instaló el Consejo Universitario en agosto de 1966, y ya para noviembre del mismo año habían sido aprobados los primeros proyectos de reforma académica.

Antes, sin embargo, se había concedido el pase automático para los egresados de la Escuela Nacional Preparatoria, con lo cual amainaron considerablemente los ánimos estudiantiles.

Conforme a la decisión de modernizar el quehacer universitario, no sólo en lo académico sino en lo administrativo, el ingeniero Barros Sierra propulsó modificaciones en todo el aparato y en cada una de las dependencias, creando asimismo varias de ellas, entre las que destacaron, como más importantes, las direcciones generales del Profesorado y del Personal.

En este terreno, se logró la adopción del sistema contable conocido como Presupuesto por Programas, que empezó a aplicarse para el ejercicio 1969 de manera parcial, pero cuyos estudios se habían originado en el primer año del rectorado.

La reforma académica, en la cual, de cierto, hubo participación estudiantil, afectó a todos los planes y programas de estudio profesionales: se estableció el sistema de créditos y la periodización por semestres, se implementaron diseños curriculares con materias op-

tativas, se unificaron los títulos concedidos por todas las escuelas y facultades, se crearon carreras cortas derivadas de los planes de licenciatura, fueron transformadas en facultades las escuelas de Ciencias Políticas y Sociales y de Medicina Veterinaria y Zootecnia, y en la Escuela Nacional Preparatoria, que, por lo demás, conservó la reforma del doctor Chávez, se introdujo el área de Bellas Artes.

En el plano legislativo se deben a este rectorado los reglamentos generales de Estudios Superiores, de los Centros de Extensión Universitaria y el de Estudios Técnicos y Profesionales, así como la conversión a rango de Estatuto del Reglamento de los Investigadores.

En otros respectos, debemos mencionar como hechos importantes una serie de conflictos que antecedieron al movimiento estudiantil de 1968 y que, significativamente, ocurrieron el mismo año: tales el caso de los disturbios en Medicina y Odontología que culminaron, en esta última escuela, con la destitución del director; la huelga magisterial en Preparatoria, en donde se estaba consolidando un sindicato, y el surgimiento de la llamada Prepara-

toria Popular con candidatos rechazados en el examen de admisión.

La actuación del ingeniero Barros Sierra durante el movimiento estudiantil —al izar la bandera a media asta, al encabezar una manifestación o al presentar su renuncia como protesta por la ocupación militar de la CU—le significó una ruptura con el presidente de la República, la que se manifestó de inmediato en un recorte al subsidio federal concedido para el ejercicio 1969 y otro tanto con el año siguiente, lo cual motivó, a su vez, la no aceptación del rector a ser designado como tal para el cuatrienio siguiente.

La UNAM, a la salida del funcionario, al inicio de 1970, contaba ya con nueve facultades, seis escuelas nacionales y nueve planteles de la Escuela Nacional Preparatoria, en donde estaban inscritos 63 mil alumnos a nivel profesional, 3 mil en posgrado y 40 mil en bachillerato, con un presupuesto de egresos de 667 millones de pesos. Los servicios educativos, además del bachillerato, constaban entonces de 31 carreras cortas, 51 licenciaturas, 65 especialidades, 34 maestrías y 26 doctorados.

Raúl Domínguez

